

LA LEYENDA DE AITOR



Los várdulos, Gherekiz.—La fiesta de la luna llena.— El bardo improvisador.

LARA, bardo cántabro, de quien el poeta Silio Itálico hace tan brillante retrato en su epopeya de la guerra púnica, pertenecía á la tribu de los euskaros várdulos ó guipuzcoanos, igualmente famosa por el valor de sus soldados que por la habilidad de sus jóvenes en la mímica, la danza, el canto y la improvisación Lara, que apenas contaba treinta años, había sido proclamado flor de los guerreros y príncipe de los bardos, y los várdulos tenían gran orgullo de que perteneciese á su gente. Las otras tribus de la federación euskara, ni aun con excepción de los suletinos, conocían rival á aquel cantor incomparable.

La conclusión de la paz con Roma, después de las guerras de Anibal, fué celebrada por los montañeses, durante la fiesta de la luna llena, que duraba tres días, y que en aquellas circunstancias se celebró con inusitada solemnidad. La primera noche se consagraba á la conmemoración de la historia nacional, hecha por los bardos al pie del roble de la libertad. Derogando á los usos seculares, los ancianos de la tribu permitieron á Lara, en muestra de consideración, que entretuviese solo á la Asamblea durante la primera noche, con exclusión de todos los demás bardos, y que recitase una leyenda compuesta por él, titulada *Aitor*. El roble de los várdulos estaba en Gherekiz, y era ya el noveno desde hacía veinte siglos, ó sea desde el establecimiento de los euskaros en los Pirineos Occidentales.

Sobre bancos dispuestos en forma de círculo, se sentaron los viejos, y á sus pies, en asientos gradualmente más bajos, las mujeres de edad, las viudas, las casadas, las vírgenes y los niños de la tribu. En

frente de esa numerosa parte de la Asamblea, los hombres, guerreros todos desde los dieciocho hasta los sesenta años, estaban de pie, ocupando el lugar intermedio, en que al son de la tibia y del tamboril, debían bailarse las danzas del segundo y tercero día. Cuando apareció Lara, resonó en el valle de Gherekiz formidable aclamación; luego se restableció un profundo silencio.

El bardo, curado de sus heridas, avanzó. Llevaba una larga barba blanca, que le caía hasta la cintura: en su cabeza lucía una brillante mitra, y de sus anchos hombros pendía la rica dalmática que usaban los magos y adivinos en la República Euskara. Y cuando, con paso mesurado y grave llegó hasta el centro del círculo apoyándose en una rama de roble cubierta aún de hojas, erguido, dispuesto á tomar la palabra, iluminado con la luz de la luna que irradiaba en todo el paisaje y hacia centellear los bordados simbólicos del traje del bardo disfrazado de viejo, todos reconocieron la imagen de Aitor; el gran antepasado, el patriarca, el padre de la raza indoatlántida y el primer nacido de los euskaros.

En seguida el bardo extendió su brazo derecho horizontalmente, y volvió hacia el cielo su cara, que se mostró bañada en luz. En el profundo silencio que reinaba alrededor del roble y en las montañas, se distinguía el murmullo fugitivo de las brisas en las hojas, y el murmullo tenue de los torrentes lejanos: acompañamiento misterioso de la voz del bardo, dispuesto á evocar sobre el Océano de las edades, las generaciones hundidas y los siglos acumulados en las profundidades del olvido. Abrió la boca, y las primeras palabras que de ella brotaron, fueron como las primeras notas, como los primeros acordes que caen con los dedos de un artista sobre una arpa sonora.

«El tiempo huye, el torrente viaja, el agua del río prosigue su camino. Mi pueblo, desde su origen, fué semejante á un gran río que hace germinar bajo el cielo los tesoros de la fecundidad terrestre. Hoy mis tribus no son más que gotas impidas, filtrándose por el hueco de las rocas, á quienes el primer viento cálido secará. Así debe ser; Dios lo quiere, Dios, el señor de la altura, el *Jaungoikoa*. Sus manos arrojaron las estrellas por los campos azules, del mismo modo que el labrador esparce sus simientes por los parduscos surcos, y la luz brotó de la noche eterna. Mi pueblo, salido de la noche, tuvo también un día de sol. ¿Qué nos queda de aquel esplendor eclipsado? Noche sin estrellas. Pero la luna, cuyas fases sirven para medir las semanas y los,

meses, refleja dulcemente la luz del sol escondido tras los mundos. De esta manera, en la noche de nuestra debilidad, la memoria de los viejos y el genio de los bardos son el espejo que refleja la lejana gloria de los primeros días»,

Aquí Lara se detuvo y luego con voz sonora prosiguió:

«La garra del águila es fuerte, terrible y real la garra del león; pero la mano del hombre, ya abra con el arado el seno nutritivo de la tierra, ya agite en los combates el hacha de bronce ó la espada de acero, ya teja el lino y la seda en ligeras telas, ya arranque del arpa divinos acordes, la mano del hombre es un instrumento perfecto, un arma invencible. Ella ha levantado las pirámides en el desierto, ha subyugado á los indomados caballos, y ha doblado bajo los remos las olas tempestuosas del mar. Por ella el hombre ha vencido y dominado (*Hes*) á toda la creación, esclava hoy de su imperio; y en memoria de ese gran triunfo, en la lengua sagrada de mi pueblo, la mano del hombre se llama *eskua*, es decir, victoriosa y dominadora.

«Tendiendo la mano el hombre pide y suplica, *eska*; con la mano ofrece y da, *esken*. Una sonrisa acompañada de un gesto de la mano, expresa la satisfacción, y de ese modo el hombre da las gracias, *esker*. La mano es el auxiliar de la lengua, y su significación expresiva era inseparable en el idioma primitivo. El signo habla á los ojos, el sonido hiere los oídos; ambos se hacen entender al espíritu. ¿Qué otro pueblo poseyó más que el mío la inspiración de la palabra, y la armonía del gesto con el pensamiento? Ese arte elocuente de la mímica, ese movimiento calculado de los brazos, de las manos y de los dedos, acompañaban y á veces suplían al lenguaje articulado; fueron llamados *eskuara*, es decir, ciencia del gesto, arte de hablar con las manos. La misma palabra sirvió rara calificar el idioma primitivo de mi pueblo, llamado él mismo *eskualduna*.

«Los hombres de mi raza, diversamente designados en la lengua de los bárbaros, llevan ese nombre significativo balbuceado en la cuna del linaje humano; su origen remonta más atrás que la invención de la palabra y del gesto; los ojos de los adivinos y de los profetas, escrutando los misterios de las creaciones genésicas, no saben ver mi raza más que en el seno de Dios. ¿Qué importa que el río antiguo esté seco, y que apenas queden algunas gotas puras de la noble sangre que engendró á tantas pueblos? Mientras viva un ibero para levantar la mano delante de Dios de Aitor, invocando su nombre sublime en la

lengua sagrada, podrá decir: «El padre de mis antepasados fué ilustre entre los recién nacidos de la tierra; el hombre de nuestra raza fué el primer desposado con la naturaleza salvaje, el primer triunfador de la creación eskualduna!»

»El más antiguo de los pueblos que haya habitado, después de nosotros la Península ibérica, es el pueblo celta. Las fábulas rodean su origen y su historia. Un monstruo, un ciclope, fué su abuelo, y su padre un gigante feroz llamado Celtus, cuyos dos hermanos, Illyrus y Galla, prosiguieron la conquista de Europa. Es del Norte, de la región del frío y de las tinieblas, de donde vino la raza infecta de los gigantes. Nuestros nietos les llaman *tártaro*, cuando en las veladas de invierno, escuchando las consejas del tiempo pasado, se arriman atemorizados al seno materno, y tiemblan como las hojas del árbol, con el recuerdo de la ferocidad de los bárbaros.

»El euskaro y el celta gozan de la misma antigüedad, pero el porvenir no confundirá á las dos razas. Mi pueblo ha sido el creador de la luz social, de la armonía y del bien; el pueblo de Celtus no ha inventado más que la guerra, no ha sembrado más que ruinas; sus obras han sido la iniquidad, las matanzas, la superstición y el mal. Le gusta mezclar sus gritos salvajes á los aullidos de los lobos; como ellos anda errante reunido en grupos, durante la noche. Para él el buho es el símbolo de la prudencia de los guerreros que esconden su marcha y caen sobre las víctimas de improviso; mientras que en la poesía de mi pueblo, el pájaro de las tinieblas es el emblema de la ignorancia y de la estupidez.

»Cuatro cosas distinguen al euskaro del celta: la lengua, la religión, las costumbres y las leyes.

»El celta habla un idioma áspero como las escarchas que cubren su cuna. Sus labios congelados no lo han enriquecido con las inflexiones labiales que hacen tan dulce el verbo euskaro. Las palabras son nebulosas y suenan como los silbidos agudos del vendaval entre los pinares de su tierra.

»Cuando el hombre y la mujer euskaros fueron colocados por mano del Criador en los jardines terrestres, se miraron con amor, y la mujer dijo al hombre:—«Tú eres mi fuerza, tú eres el varón á quien mi corazón escoge: *Zu ene arra*.» Y desde entonces el marido de la mujer se llama *senarra* en la sagrada lengua. El hombre y la mujer se dieron la mano, *eskua*, y en la embriaguez de aquella unión en-

cantadora, dijeron *on*, ¡está bien! nada más dulce. Y el casamiento se llama *eskuontza* en las tribus, porque los amantes se hacen esposos dándose las manos. A los recién casados se les servía miel, *ezti*, símbolo de los placeres perfectos, y de ahí se llamaron á las fiestas nupciales *ezteya*. ¿Qué otro pueblo se inspiró más en la Naturaleza y dotó á sus instituciones de más encanto y sencillez?»

Al llegar á este punto, los ojos del bardo inspirado brillaban con fuego mágico; su mano izquierda se inclinaba á la tierra; la derecha subía hacia el cielo. Un murmullo de aprobación mostró el contento del auditorio. Lara se interrumpió un instante; parecía esperar que una nube flotante en los aires hubiese velado el disco de la luna y arrojado sobre los montes su manto de sombra, para continuar su paralelo entre el pueblo civilizado del Mediodía y el pueblo del Norte tenebroso.

«No hay que juzgar á los celtas de entonces por los de ahora que, unidos á mi pueblo, se llaman celtiberos; ni por los galos, cuyas costumbres ha dulcificado su contacto con los griegos y nuestros hermanos de Aquitania. Es necesario tomar al celta en su cuna hiperbórea. El hombre del Norte es notable por su alta estatura; es verdaderamente gigante. La sangre enrojece y colora con ardiente tinta sus blondos cabellos espesos; sus ojos de azul verdoso, donde se leen pensamientos feroces, imitan el color del Océano sombreado por los reflejos del cielo tempestuoso. El bárbaro andaba desnudo durante la primera edad, con su cutis comparable á la nieve, ó á la piel del oso anfibio que recorre las costas del mar de hielo. Vivió largo tiempo errante con el producto de su caza, persiguiendo hasta en los bosques de las Galias, lanza en mano, al reno y al buey salvaje. Su ardor inquieto y la extremada movilidad de su carácter impaciente, le impidieron entregarse á la vida pastoral, y al trabajo del campo; le agradó más verter la sangre y robar, que no el seguir con paso tranquilo las huellas de un rebaño, ó esperar á la orilla de los setos los frutos tardíos con que la tierra paga los sudores del labrador.

»¡Cuán diferentes los hombres de nuestra raza! Su estatura era proporcionada, su fuerza mediana; la acción del clima meridional rizó y obscureció su larga cabellera, dió los reflejos del cobre al cutis de sus caras. Nuestras muchachas se enorgullecían cuando los bardos comparaban su belleza á la del melocotón, cuya piel dorada ha recibido del sol el perfume y las tintas rosadas que anuncian su madurez.

Los euskaros, los iberos, habitantes de los continentes más fértiles y favorecidos por la Naturaleza, fueron los primeros pastores y agricultores durante la edad de los Patriarcas.

»En cuanto á mí, aunque primer nacido de los antepasados, no viví en la edad antediluviana, y por lo tanto no he asistido á las maravillas de la Creación de Dios; ignoro la historia de mis abuelos, porque la invasión de las llamas y el diluvio de las aguas, que fueron para la tierra de los hombres una segunda creación, separaron mi vida de las edades anteriores. Yo llevo como mis padres el nombre de Patriarcas; tronco de una posteridad, más numerosa que las estrellas del cielo: el huracán devoró á mis hijos sobre toda la faz de la tierra; pocos se escaparon. Los bardos comparan ese pequeño número á las olivas que permanecen en el árbol después de la cosecha, á los racimos que penden de los amarillentos pámpanos después de la vendimia. A ellos y á mí llaman las generaciones los «grandes antepasados», y la palabra *askaza*, consagrada al parentesco en nuestra lengua, es lo mismo que *askoazi*, ó sea, semilla original ó del principio.

»La tempestad fué violenta y terrible; duró un año, cuyos meses fueron siglos. El Oriente del cielo fué destruído, y nadie sabe dónde estaba el Occidente de las viejas edades, porque el sol permaneció invisible para nosotros, detrás del pabellón tenebroso de las nubes. Las señales que aparecían nos amedrentaban. ¿Dónde estaba durante aquellos días de tumulto y de destrucción? ¿Dónde? escondido, elevado (*gordatu*) sobre inaccesibles alturas. Me abrigaba bajo una roca herida por el rayo (*arri*), y aquella cima tutelar fué mi arca (*arkha*). El águila venía sobre mi roca exhalando gritos de queja; le dí el nombre de *arrano*; el león tembloroso se acostaba á mis pies, gimiendo como un perro. Ya habéis oído en una fábula, que á la vista de la Gorgona, los hombres y animales se tornaban piedras; yo he visto en aquellos días calamitosos, á todos los seres de la Creación secarse con el terror. He ahí por qué con la misma palabra *arritu* expresé la idea del hombre petrificado y la del hombre espantado; comparación enérgica que los bárbaros tomaron á la letra, y de la que hicieron una fábula. El espanto causa una conmoción, un escalofrío mortal, un sacudimiento que corre bajo la piel; detiene la sangre en las venas, y hiere á los seres vivientes con estupor tal, que les arrebatara hasta la facultad de moverse y de hablar: tales son, en efecto, las imágenes que expresan en mi lengua las palabras dedicadas al pánico y al horror. Mis labios tem-

blorosos permanecieron largo tiempo mudos; la palabra había muerto en mí y expresé el silencio por un vocablo (*itz-il*), que significa el aniquilamiento de la palabra.

«Cuéntase en una fábula que un príncipe fué convertido en bestia durante algún tiempo; que sus uñas crecieron como si fuesen garras; que se cubrió de largos pelos su piel; yo soy aquel Rey de la fábula. Hoy vuestros campos cultivados se cubren de doradas cosechas; y durante los hermosos días de las repúblicas euskaras, la Iberia fué el granero de Europa, y en las medallas era representada bajo el emblema de una hermosa mujer de voluminoso pecho que tiene en sus manos espigas de trigo. Mas reparad en la palabra *alha* que empleáis para designar el pasto, y en la palabra *alhor*, con la que designé los campos, y comprenderéis que el primer campo de mi herencia fué un terreno inculto, donde según el sentido de la fábula, pasté la hierba como un buey.

»También se os ha contado una alegoría que narra cómo en la cima de una enorme montaña una muchedumbre innumerable sufrió los efectos de encantamiento secular, adquiriendo la forma de rocas y de piedras. Un héroe joven, escogido por el destino, guiado por la rotación de una bola que corría delante de él, y por el canto divino de un pájaro luminoso, llegó á la cumbre de la montaña, encontró sobre la rama de un laurel más alto que los cedros, al fénix sosteniendo en su pico una mata de oro que cogió; y de pronto, deshecho el ensalmo, las generaciones metamorfoseadas recobraron sus formas primeras y proclamaron por Rey á su libertador. Asimismo se cuenta que después del diluvio, el primer hombre y la primera mujer arrojaban piedras, de las que nacían otros hombres y mujeres. Estas alegorías, que entre nosotros sirven para diversión de los niños, se refieren á los Patriarcas salidos de las cavernas y de las rocas, y á la fundación de las sociedades nuevas después del diluvio. Henchido de reconocimiento hacia el arca que fué nuestro asilo, admirado con la conservación de aquellas altas montañas escapadas al naufragio del viejo mundo, consagré la idea de su duración secular dando el mismo nombre *mende*, *mendi*, á los siglos y á las montañas.

»No es, pues, por razón, que mis descendientes me llamen antepasado de las montañas, *arbasoa*, padre descendido de los altos lugares, *aitagoia*. La pizarra plateada, la rojiza teja cubren vuestras casas blancas, inmensa bandada de palomas dormidas en los valles pirinái-

cos; pero el nombre de *hegatcha* que llevan vuestros techos, fué imaginado á causa de los salientes de la roca que largo tiempo me sirvió de abrigo. Las puertas de vuestras habitaciones están hechas con robles, las de los ricos y de los jefes, sembradas de clavos dorados, parecen con su pintura hechas de bronce, pero la hospitalaria puerta en que la mujer, joya de su marido, suspende guirnaldas de flores el día del solsticio, conserva aún el nombre de *atea*, significando el montón de piedras que yo reuní para esconder y cerrar la entrada de la caverna en que vivíamos como en un sepulcro tenebroso. Y durante la noche profunda que ocultaba el cielo, inundado con los torrentes de lluvia que caían como cascadas de las apretadas nubes, ningún sendero conducía á mi guarida, ninguna claridad guiaba mis pasos ni instruía mis ojos; buscaba á ciegas mi puerta, *atea*, y la encontraba por instinto; y llamaba *atuna* á ese instinto nacido de la costumbre, que dirige al hombre en la obscuridad y le hace encontrar bajo su mano los objetos que no ve.

AGUSTÍN CHAO.

(Se continuará.)



LA LEYENDA DE AITOR

(CONTINUACIÓN)

»Mi compañera no me abandonaba. Cuando los gritos de mi primer nacido alegraron los ecos de nuestra húmeda caverna, la madre no quiso permitirme salir á buscar comida; aquella mujer fuerte se encargó de proveer á nuestra subsistencia mientras yo permanecía eu nuestro lecho de pieles, calentando con mi velludo pecho el lloroso fruto de nuestros amores. ¡Tal era el miedo que tenía que alguna fiera acudiese durante mi ausencia á la caverna, atraída por el lloro del niño, y no pudiese ella defenderle! Los hijos de mi raza, respetuosos á las vicisitudes de la carrera de su abuelo, han conservado costumbres conmemorativas, que los extranjeros juzgan extrañas porque desconocen su origen. Así, cuando una mujer pare, el esposo toma un instante su lugar, como si la aspiración de un aliento varonil debiese comunicar su fuerza al ser débil y pequeño dotado de impresionabilidad magnética.

»Los hijos de mi sangre no han adoptado las ceremonias crueles y supersticiosas introducidas por los celtas en sus funerales. Yo he establecido la costumbre de transportar los muertos á la cumbre de las montañas; allá todos los Patriarcas tuvieron sus sepulturas; muy á menudo en las mismas grutas donde vivieron enlutados y dolorosos. Llamé á la tumba *obia*, el mejor lecho, el lecho del gran descanso, en oposición al lecho del sueño en que tantas pesadillas agitan al hombre y donde encuentra menos alegrías que dolores. La noche consagrada al sueño, el reino de las tinieblas, fué llamado *Ilona*, buen reposo de los seres; y la muerte natural *Iltza*, gran sueño ó grande

noche. Hoy en inmensas praderas cada pueblo tiene su región de los muertos, *ilerria*; la flor de los difuntos, *Ililia*, mezclada á la balsámica rosa, crece en cada monumento de la ciudad de las tumbas; pero el euskaro se acuerda siempre de que sus abuelos, desnudos, hambrientos, casi salvajes, vivieron y murieron en sus cavernas. En esta edad más próspera, cada jefe de familia se llama *jaon*, señor en su casa, como Dios en el Universo; y castillos espaciosos, cómodos palacios, *Jauregui*, sirven de vivienda á los hijos de aquel que entraba rastreando en su caverna.

»Los animales que me habían seguido en tropel al arca de las montañas, habían abandonado su naturaleza tímida ó feroz. El estupor general que hirió á todos los seres con los ruidos formidables de los elementos conjurados en aquella lucha suprema, encadenaba el apetito de los más voraces y la maldad de los perversos. Las serpientes se deslizaban inofensivas entre mis pies; la gacela y el tigre huían juntos por el mismo camino bajo torrentes de lluvia, ahuyentados por cien truenos. No os extrañéis de que más de veinte palabras representen al rayo en la lengua de los Patriarcas. Es preciso haber sido testigo como yo para formarse una idea de aquél espectáculo. Es preciso haber visto los cuadrúpedos, los pájaros todos los seres vivientes del viejo mundo y el hombre mismo abrigarse, amontonarse, apretarse en masas y como rebaños en algunos bosques, en los flancos y en lascimas de las montañas azotadas por el huracán. Es preciso haber oído, como yo, gruñir, silvar, aullar, rugir y quejarse á millones de voces á la vez; en el estruendo ensordecedor de todos aquellos gritos diversos expresando con las notas más estridentes y horribles el sufrimiento, el hambre y el terror, nada se perdía ni siquiera el zumbido de los insectos pasando en torbellinos por entre las nubes.

He ahí lo que era un bosque durante el diluvio; de la palabra *oyu*, que significa grito, yo le dí el nombre de *oyan*, á fin de que se supiese que todos los ruidos de la creación animada, todos los gritos de la naturaleza viva, se encontraban reunidos en el horror sublime de un inmenso y triste concierto.

Sin embargo, el globo estaba entregado á la acción del fuego poderoso que duerme hoy en sus entrañas. Ese fuego entonces brotaba por mil volcanes que se abrían por todas partes. La tierra estaba enferma y calenturienta. Y es en virtud de esta poderosa analogía, que aun á propósito del hombre y de todas las encarnaciones vivas, definí á la

fiebre como un fuego, una incandescencia, llamándola *sugar*, puesto que *su* designa el fuego, *gar* la llama, y *er erre* la combustión.

El enfermo, es decir, aquel en quien el principio y la fuente de la vida están secos por un fuego interno y devorador, fué llamado *eria*, y la debilidad calenturienta y enfermiza del hombre *erbaltazan*. La muerte fué para mis ojos la consunción, la combustión final de ser. El incendio terrestre devoró á millones de seres, á innumerables pueblos, á continentes enteros. En memoria de este grande acontecimiento, y para consagrar las verdades de observación concebidas por mi espíritu, llamé á la muerte violenta: *erioa*, es decir, incendiario.

Fiel á esta gran idea, definí la pena como un mal que mina quemando, *errea*, y la tristeza *Suxua*, es decir, un fuego que seca los corazones. Las montañas, con la erupción de los volcanes, hacían oír estruendos formidables; decía yo que entonces comenzaban á arder (*erre-hasten*); desde entonces aplicamos la palabra *erastea* al ruido de todas las cosas que mugen.

Con una trasposición silábica imaginé la palabra *as-erretzia*, que en su valor radical significa principiar á arder, y en el lenguaje usual entrar en cólera, en furor, por alusión al furor de las llamas cuyo progreso irresistible formó tan inmenso incendio. La calcinación producía un ruido particular como un trueno incesante mezclado á vientos furiosos y al clamoreo rabioso del mar; aquel rugido continuo, profundo, del Océano de fuego sacudiendo con cólera indecible sus devoradores torbellinos, lo expresé con la palabra *erreotsa*, que significa voz del fuego y se aplica á todo gran ruido.

Torbellinos de humo negro y sofocante, *ke*, salían de los flancos entreabiertos de la tierra, cuya rápida irrupción señalaba la furia del elemento destructor; de ese recuerdo viene la palabra *kechu*, aplicada á la cólera del hombre y á la de los elementos.

Después, cuando las llamas violentamente empujadas por los vientos, se esparcían á los lejos, ante la imagen del fuego invasor imaginé la palabra *erasotze*, que expresa las ideas de ataque é invasión, de donde también procede *erauntsi*, aplicada á una lluvia de fuego ó de agua que cae con violencia. La tierra rodeada de llamas me parecía en estado de demencia, y creé la palabra *ero*, que se aplica á la demencia de los elementos, de los animales y del hombre.

En fin, cuando el esfuerzo del fuego hubo reducido á cenizas las montañas con sus rocas graníticas, los continentes con sus ciudades

cayeron y se hundieron en el lago del fuego los países y los reinos. He ahí por qué la palabra *er-or-i*, significando en su sentido radicallo que está quemado enteramente, expresa la idea de toda caída, el movimiento de toda cosa que se deja vencer por su peso. Tal fué el gran incendio, al que llamé *suoldia*. Las tierras habitables, los jardines del hombre del porvenir, los territorios que habían de pertenecer á mis tribus, salieron de la hoguera como sale del horno del alfarero, después de ser cocido, un elegante vaso de barro; los llamé *erriak* ó le que ha sido quemado; de ahí el que las siete provincias de la federación bascocantábrica se llamen hoy Pirineos, *Eskual-Erriak*. Del fuego, *su* y de la llama *gar*, digo que la tierra permaneció pura, *gar-bi*, como el oro purificado por el crisol, y blanca, *suri*, como la lana de los corderos recién sacada del lavadero. Al fuego, cuya mordedura quema y mata como la de la serpiente, a la llama que mueve sus lenguas ardientes como dardos salidos de la boca de un dragón, al elemento ígneo, *su*, inalterable y sutil, consagré la serpiente, *sugia*, el más vivo y taimado de los animales; el dragón fué llamado *sugulna*. Así el gran lago de fuego que el huevo-mundo encierra en su cáscara terrosa, lleva naturalmente un nombre alegórico, que significa igualmente gran fuego, gran dragón, gran serpiente, y se cuenta en nuestras fábulas que la gran serpiente nació de un huevo, que es el huevo-mundo, el huevo terrestre. Y es llamado *leen*, primero, y *eren* último; es decir, aún devorador y destructor; es el negro *surtur* de los celtas que debe un día incendiar los mundos; es el *leeren*, primer poder de la tierra, á quien la superstición de los aquitanios nuestros vecinos, ha convertido en dios de guerra y destrucción.

Del radical *gar*, que designa la llama, formé además la palabra *garai* y *garaitze*, que expresan la idea de la superioridad y de la victoria, y por último *garratz*, que califica á toda cosa invencible y terrible.

Después del triunfo del Dragón, el elemento líquido que humedecía el suelo de los viejos continentes fué absorbido por las lavas; lo; mares, el gran oceánico mismo, se secaron como una gota de agua arrojada en una ardiente hoguera, y la fuerza del calórico transformó aquella masa en vapores inmensos que se elevaron hacia el cielo á alturas inconmensurables, reflejándose en aquellas movibles cortinas los siniestros resplandores del incendio interior. Después como el ejército de las nubes se dirigía arrastrado por el ala de los vientos, semejante á un enjambre

de pájaros tenebrosos, hacia los lugares preservados de las llamas ó enfriados después de su purificación, los vapores condensados por la frescura de la atmósfera, se resolvieron en cataratas de lluvia. Además el lecho Océano se levantó con las sacudidas de los volcanes, y sus aguas se derramaron por las tierras bajas: de este modo tuvo lugar el gran diluvio de aguas; á, que los euskaldunas occidentales llamaron *ualdia*, y los euskaros del Indostán *uaisara*, en su dialecto.

Yo he visto, ¡oh hijos de mi vejez!, que no asistiais con vuestro padre á esa sentencia del Altísimo, á ese huracán renovador de las obras divinas! Yo he visto desde la cumbre del arca en que flotaba sobre las ruinas del destruído mundo, yo he visto durante largo tiempo á la tierra habitable cubierta de agua y de limo parecerse á dormido. lago; ya la llamé *lurra* (*lo-ur*), para recordar su imagen. Cuando pasó el tiempo, las aguas se retiraron; los mares y el Océano encontraron su nuevo lecho preparado. A la sombría tempestad del diluvio consagré un pájaro negro, el cuervo, que se nutre de cadáveres, emblema de muerte y destrucción. Al reino oceánico, al agua, que tiene la facultad de elevarse en forma de vapores al azul firmamento, consagré un pájaro de su color, que es la paloma torcaz. Y la paloma, *urso*, recibió el mismo nombre que el agua, *ur*, en todos los dialectos de nuestra lengua, puesto que los euskaros iranitas la llamaban también *bareska*. Pero cuando el cielo azul reapareció, cuando el cristal azul de las aguas reflejó el azul olímpico del cielo, y brotó la oliva, símbolo de paz de la Naturaleza, el agua encontró su camino, el arco iris brilló en el horizonte, y el sol, sacudiendo sus húmedos rayos, se acostó en el seno de los mares: yo entonces llamé *ostadarra*, rama ó cuerno florido al iris, magnífico ramo de luz en que la vista admira todos los tintes de la rica pintura con que el sol matiza la hierba, las flores y los frutos. Entonces conocí que había llegado el tiempo destinado á la gloria de mi raza.

El euskalduna, bajando de las montañas donde estuvo escondido durante el diluvio, tomó su asiento en la tierra bañada por el sol, y colocó su morada en un territorio templado y apacible. Así en nuestra lengua las ideas de residencia, de morada, de habitación, se expresan con las palabras *egon*, *egongia*, que significa un lugar donde hace buen sol.

Aquellas risueñas moradas, en cuyo seno las tribus de mi raza se detuvieron, eran floridas como jardines. De ahí que para designar los

jardines cultivados que rodean sus casas de los Pirineos, mis hijos no hayan recibido de mi más que la palabra *baratze*, que por definición significa un lugar de detención, un lugar agradable en que se descansa. Y la misma definición conviene en todas las lenguas orientales á la palabra *paraíso*, que designa un jardín. El *gymle* ó paraíso de los escandinavos no es otra cosa que el Mediodía. La Bética española, en donde los euskaldunas recibieron de los griegos un nombre histórico, ha sido un paraíso terrestre, el más hermoso, el más fértil y el más delicioso jardín de los iberos.

AGUSTÍN CHAO.

(Se continuará.)



LA LEYENDA DE AITOR



(CONTINUACIÓN)

La necesidad del agua y el inconveniente de tenerla que ir á buscar á lo lejos, sea para los usos domésticos, sea para el riego de los campos, nos hizo escoger la proximidad de los ríos para construir nuestras casas, que más tarde constituyeron ciudades florecientes. Y como los manantiales de las aguas se encuentran frecuentemente en las montañas, entre rocas, *arri*, muchas de nuestras ciudades primitivas llevan ese radical en sus nombres; la palabra *ole*, que indica las fraguas y también las cabañas, se encuentra muy á menudo, del mismo modo que el vocablo *zubi*, puente; pero el agua *ur*, y la fuente *itur*, son los elementos más comunes de los nombres primitivos, en los que las rocas, las fuentes, las aguas, los puentes, las alquerías, reciben calificaciones locales. Así, á lo largo de los ríos indostánicos se elevaban *Abur*, *Ikur*, *Magur*, *Kalur*, *Akur*, *Korinduir*, *Mantitur*, *Apotur*, *Mapur*, *Baleokur*, *Koreliur*, *Ipokur*, *Paliur*, *Podoperur*, *Gorriur*, *Mastanur*, *Tenur*, *Silur*, *Iatur*, *Pur*, *Poleur*, *Modur*, *Ithagur*, *Nagiur*.

El Africa, donde los ríos son más escasos, no ofrece tan gran número: *Urbara*, *Butura*, *Buturiza*, *Zubiur*.

Los ríos de la Península ibérica presentan muchos: *Urbiaka*, *Urbion*, *Urcia*, *Uria*, *Urion*, *Urgia*, *Urzo*, *Urcesa*, *Iturbola*, *Iriturgi*, *Ituriaco*, *Anastorgiz*, *Ipazturgiz*.

Con los radicales *su*, *gar*, *ciar*, *erre*, que significan fuego, llama, sequedad, combustión, calificamos á las ciudades africanas *Sugarra*, *Suara*, *Eyarceta*, y los montes llamados *Errebide*, ó sea caminos abrasados, que las tribus jamás franquearon hacia el Mediodía para entrar en el gran desierto,

Con los radicales *zubi*, puente, *ur*, agua, é *iri*, ciudad, nuestros pueblos de Africa y del Indostán tuvieron tres ciudades, llamadas *Zubiri*, y otras tres llamadas *Zubura*, *Zubia* y *Zubiur*. Otras ciudades africanas indostánicas recibieron el nombre de la roca, *arri*, calificado por diversos epítetos indicando circunstancias locales; cavidades, *chile*; una posición elevada, *gain*; la extensión, *zabal*; una posición dominada por la montaña, *pe*; la pobreza, *char*; como: *Arramaya*, *Arzabal*, *Arbalte*, *Arbaka*, *Arrochotu*, *Archile*, *Arripara*, *Arragara*, *Arretachara*.

El Africa tuvo tres ciudades pastorales, *Olapia*, ciudad dominada por las cabañas; *Otsola*, ciudad de las chozas frías; *Olabasa*, ciudad de las chozas desiertas. Pero entre todas estas ciudades famosas, la más ilustre fué la ciudad consagrada al sol. *Argia*, *Argion* y *Argiri*, cuyo nombre llevaron nuestras tribus cuando fundaron colonias entre los Indopandones, en España y en el corazón de la Italia. ¿Qué se han hecho todas esas ciudades antiguas y los pueblos afortunados que las rodeaban, semejantes á un coro de vírgenes cogidas por las manos, que bailan en alegre círculo alrededor de una madre adorada? Han sido arrancadas de la herencia de mi pueblo en esa Península, en las Galias, en Italia, en Africa, en Asia y en todas partes.

¡Nos burlábamos de los hijos de la Escarcha, nos reíamos de los hijos de aquel que fué llamado feo y tenebroso, *Chus*, es decir, quemado, sin reflexionar, en nuestra pacífica tranquilidad, que los bárbaros de blonda cabellera blandían hachas terribles, y que el negro, no menos bárbaro, lanzaba flechas envenenadas, humedecidas en el veneno de los áspides!

Hoy los infieles ocupan las murallas que nuestras manos edificaron; bañan sus caballos de guerra en los ríos cuya agua murmurante servía para las abluciones de los hijos de mis tribus. Y he dicho con la amargura y con la resignación de mi alma: el tiempo huye, el torrente viaja, el agua del río sigue su camino, las montañas sólo están inmóviles, pero las cimas se ven heridas por el rayo, como cada siglo de la Historia por los decretos eternos...

El euskaro, como el celta y el negro, había sido colocado desnudo sobre la tierra. El epíteto *gorri* (tojo) que siempre unimos á la idea de la desnudez completa, recuerda que la piel de mis primeros hijos era más roja y cobriza que la de sus descendientes, hoy que la influencia de los climas más templados ó fríos va borrando insensiblemente el color.

Los primeros vestidos recibieron el nombre de *pilda*, que significa reunión. Las hojas de los árboles, las pieles de fieras, componían aquella extraña y salvaje vestimenta. Las enredaderas tejidas nos servían de calzado como lo indica la palabra *abarka*, que aun se conserva: esto en cuanto á los jefes, porque los hijos todos de mis tribus corrían descalzos por los peñascos cubiertos de nieve, costumbre que aun hoy practican muchos de mis hermosos hijos de las montañas y con este desprecio de los rigores del invierno adquirirían sus organismos más fibra y resistencia que los de los celebrados lacedemonios. Para romper las pieles, antes de coserlas con gruesas espinas (*orre-atz*), usábamos nuestros dientes; eran las primeras tijeras que nos dió la Naturaleza; y á su imagen fueron formadas las tijeras de acero, y el nombre de la boca con sus dientes desgarradores (*ajosturra*) fué asimismo el nombre de las tijeras, en recuerdo de su invención y de las edades en que trabajábamos para establecer las artes útiles. Entonces aun tomábamos el agua con el hueco de la mano para aplacar la sed, y la parte interior de la mano recibió el nombre de *ao-ur*, para significar que llevó el agua hasta nuestros labios.

Antes de la cultura de los cereales, la encina, el roble verde y el nogal nos proporcionaron su fruto, de donde sacábamos aceite y una harina á propósito para hacer pan. Hoy las mujeres cántabras amasan la harina de la bellota con leche, y mezclando manteca de vacas y miel, hacen tortas tan agradables al gusto, que las formadas con trigo sólo, no les son superiores. Es así que el roble, *aritz*, recibió entre todos los árboles, un nombre que significa árbol de vida, árbol nutritivo, y desde el origen hicimos de él un símbolo de la vida, de la gloria y de la independencia de nuestra raza. Y así como en otros tiempos nos proporcionaba el alimento, del mismo modo cubre hoy con sus poderosas ramas la reunión de los ancianos del pueblo, de los prudentes viejos (*bilzaarra*): asambleas augustas en las que la equidad pronuncia sus oráculos, en las que el puro amor de la patria dicta las resoluciones que rigen los destinos de las tribus. Así se explica, con nuestra historia, aquella fábula de un pueblo nacido en bosques de robles que dictaban oráculos.

Los cerdos, atraídos por la abundancia de la bellota, se habían multiplicado en esta Península. La Turdetania estaba llena de ellos, cuando nosotros llegamos, y á ellos debe esa provincia el nombre que le dimos.

Los encontrábamos acostados en rebaños entre las charcas de los bosques. Aquel animal, tan útil y despreciado, recibió el nombre de *arde*, para indicar que le gusta sumergirse en el fango, en la orilla de los lagos y de los estanques.

Con la onomatopeya *be*, hice el nombre de la vaca (*beya*) y el de toda especie de ganado (*abere*). Los rebaños contenían la riqueza de los iberos, y en el idioma patriarcal la palabra rico (*aberatsu*), significa poseedor de rebaños.

Vosotros veis en un día sereno al astro rey del firmamento proseguir su gigantesca marcha de Oriente á Occidente, y durante las noches silenciosas, y en la misma dirección, caminar al ejército celeste, á las brillantes estrellas desparramadas en los campos de azul, como innumerable: rebaños cubiertos de deslumbradora lana; pues más numerosos aún, nuestros rebaños en la edad pacífica, acampaban alrededor de mi tienda y recorrían alternativamente, de Norte á Sur y de Sur á Norte, las llanuras ibéricas.

La agricultura alcanzó rápido vuelo entre las tribus que no se limitaron á la vida pastoral, cuando el labrador hubo encontrado entre los animales domésticos su ayuda natural.

Mi lengua atestigua que desde el principio mis tribus rechazaron la pereza de otros pueblos ictiófagos, nómadas ó cazadores, á quienes ese género de vida mantiene en estado salvaje en las islas y más allá del Océano occidental. Una fábula cuenta que el jefe de mi pueblo hundió en el seno de la tierra un puñal de mango de oro, símbolo de la agricultura. En efecto, nuestras Repúblicas agrícolas, semejantes al roble consagrado, echaron profundas raíces en el nutritivo suelo.

Todos los períodos del día, todas las comidas señalaron con sus nombres significativos las alternativas del trabajo de los campos. ¿Qué es la mañana, *goi-iza*? es el despertar del hombre y de la creación, el momento en que el señor de la casa *echeko-jauna*, el jefe, *buruzagia*, el *puruz* de nuestros hermanos los indos, es decir, la cabeza, el director de los trabajos, dejaba el lecho y llamaba á sus hijos y servidores.

Durante la época salvaje, que fué de corta duración para los aborígenes de mi pueblo después del Diluvio, íbamos de madrugada, *goiz*, al pasto, *ala*, bajo los árboles, en los campos, *alor*: la palabra *gosalatzea* expresa la comida de la mañana. Pero después de la fundación de la sociedad culta, el desayuno fué llamado *askaria*, ó comida

del principio de los trabajos, y la comida *baraskaria*, porque suspendía los trabajos.

Después de este reposo tan necesario en los momentos en que el calor del día adquiere su mayor intensidad, cuando el labrador uncía sus bueyes al arado, aquel resto de la tarde fué llamado *arra-as-al-dia*, es decir, época del trabajo recommenzado. Al crepúsculo de la tarde los ganados eran conducidos á sus apriscos, y esa hora coincidía con la aparición del planeta brillante que dió el nombre de Hisperia á la España de los iberos. El Vesper fué llamado por nosotros *Artizarra*, estrella de la oveja, ó más bien del pastor.

No sabíamos aún extraer el hierro de las entrañas de la tierra. De todos los metales sólo el oro nos era conocido, y se convirtió en símbolo de aquella edad feliz. El ardor del grande incendio había cubierto con él la tierra; los ríos de Iberia lo arrastraban en forma de brillantes pepitas entre sus arenas. Con el fuego trabajábamos aquel metal tan dúctil, el más bello de todos; servíanos para los usos más viles, y la tradición conservada entre los celtas, de que los iberos tenían de oro las rejas del arado, es cierta al pie de la letra. ¡Ay! la avaricia insensata de los extranjeros nos envidió el lodo brillante que hollábamos con los pies, y para arrebatárnoslo, hicieron pavesas nuestras ciudades y asesinaron á nuestras tribus.

La prudencia de nuestros ancianos había previsto aquella catástrofe; pero era ya tarde cuando prohibieron el uso del oro. Todo era arrojado al mar ó á los precipicios de nuestras montañas.

Durante veinte siglos los iberos no han guardado de él ni por valor de un grano de arena; las monedas y las medallas salidas de nuestras fundiciones son todas de plata. En cuanto al oro, recibió en la lengua sagrada el nombre de *urte*, por el agua, *ur*, en la que se recogía. Jamás fuimos á buscarlo al fondo de las minas; la prudencia y la humanidad de nuestros viejos no permitían que hombres nacidos para respirar el aire puro y bañarse en la luz del sol, tuviesen la locura de encerrarse vivos en las entrañas negras y húmedas de la tierra para arrancar, á precio de sudores mortales, el funesto metal, primera causa de las invasiones extranjeras y de nuestras mayores desdichas.

El agua fué llamada *ur* con palabra imitativa que pinta en el oído el murmullo sordo y continuo de las ondas, cuya fluctuación inacabable es la imagen del tiempo móvil que mide la duración de los seres y que los seres llevan con ellos.

El Nilo, cuyas orillas habitaban mis tribus antes de ser expulsadas por la raza de color de hollín, de aplastadas narices y laníferos cabellos, nos servía con sus inundaciones periódicas para contar los años agrícolas. Así el nombre del año en nuestra lengua *urte*, significa inundación.

La estrella brillante, cuya aparición precedía á las salidas de madre del río egipcio, aquella misma á que los negros después de nosotros llamaron el Gran-Perro, era el emblema poético del perro, que con la mirada centelleante ladra á la aproximación del peligro.

No es, pues, por casualidad, por lo que ha sido llamado el perro del pastor entre nosotros *zakur*, y entre las tribus indostánicas *kukur*, de una palabra que significa mensajero de las aguas.

AGUSTÍN CHAO.

(Se continuará.)



LA LEYENDA DE AITOR

(CONTINUACIÓN)

Cuando principiamos á contar los años por las inundaciones del Nilo, inventamos el reloj de agua ó clépsidro; y del nombre del agua fué llamado *neurri*, que expresa toda especie de medida. La palabra cadenciosa, el verso poético, el metro del bardo improvisador, se llama también *Itz-neurtu*.

El agua del clépsidro, cayendo gota á gota de una división á otra, marcaba con su derrame total una hora determinada. Toda el agua del clépsidro significa la hora en general, *orena*. La hora exacta ó el intervalo de tiempo transcurrido se llamó, naturalmente, *danuria*, es decir, agua que queda, puesto que el intervalo actual no podía determinarse más que por la medida ó altura del agua en un momento dado.

Antes de expresar mejor las ideas del espacio geométrico y de las distancias, indiquelas con la idea del tiempo necesario para recorrerlas, y relacioné esa idea con el clépsidro, tomando de este ingenioso instrumento los términos que expresan lo próximo y lo lejano, *urbil*, cerca, se define por la proximidad de la hora, cuando el agua, *ur*, estaba reunida, *bil*, en el recipiente del reloj; la definición contraria se aplica á *urrun*, que significa lejos. La pequeña cantidad, *apurra*, el fin y la terminación de las cosas, *urentzia*, son ideas que expresé siempre con alusiones sacadas del clépsidro.

¡Con cuántas expresiones felices enriqueció el reloj de agua á nuestra lengua, tan natural y sabiamente figurada!

La gota, cayendo por segundos, rizaba la superficie límpida del recipiente formando círculos ; así el círculo se llamó *kurkur*, y un círculo, una vuelta *ingur*.

Estos círculos del agua, *ur*, repetidos frecuentemente, *usu*, y multiplicándose como arrugas, formaron la palabra *ulzur*, que significa toda especie de pliegues, y particularmente las arrugas de la frente humana.

El agua rizada de este modo, rompía los rayos solares, perdía su transparencia y se enturbiaba con móviles sombras; de *belz*, negro, y de *uri* formé la palabra *Belsuri*, que expresa con poesía la contracción de las cejas y las arrugas amenazadoras de la frente irritada del hombre y del león.

Después de haber llenado el clépsidro, ó después de la cesación de las gotas, el agua límpida presentaba una superficie lisa en que me miraba, y de aquí imaginé la palabra *idauria*, *ichura*, que expresa la imagen, la fisonomía, el parecido.

En el agua agitada del clépsidro ví una imagen de los pensamientos tumultuosos causados por la turbación y la emoción del alma, y creé una hermosa expresión, *uriduritu*, que significa conmovido, turbado, y en su definición semejante al agua agitada.

Los desvelos y los trabajos de los padres son como el rocío ; hacen germinar frutos inmortales que los hijos reciben en herencia, y nada iguala á la alegría del hombre primitivo que en medio de una naturaleza enemiga, enriquece con descubrimientos ingeniosos el tesoro de las artes. ¿Por qué no lo he de confesar? El primer clépsidro que coloqué en mi morada, cerca de mi cama para señalar las horas de la noche, ahuyentó el sueño de mis ojos ; escuché la gota sonora caer con ruido armonioso ; después, cuando mis párpados se cerraron un momento, se transformó el ruido que hería mis oídos en las percepciones vagas é indistintas de aquel semisueño ; una visión profética surgió de mi turbado espíritu : dos fantasmas, dos espectros, el negro y el hombre blanco se acercaban á mi lecho con pasos cortados, tendiendo hacia mí sus manos terribles. Entonces quise gritar y me desperté sobresaltado.

Mi compañera dormía tranquilamente á mi lado, mis hijos dormían también en sus cunas ; una pequeña lámpara irradiaba su luz tenue sobre las paredes iluminando aquella tranquila escena, y la gota de agua caía aún, caía siempre, como los siglos caen gota á gota en el clépsidro infinito, en el Océano sin orillas de la Eternidad. Y entonces, con la idea de aquella gota de agua cayendo con medida como un paso de hombre, llamé al paso del hombre *urats*, que significa ruido

de agua. Y andando por la orilla de los ríos, cuyas olas se elevaban, caían cadenciosamente y como á compás de mis pasos, reconocí que la analogía de que me había valido era doblemente exacta. Y canté por la primera vez como un bardo : «El tiempo huye, el torrente viaja, el agua del río prosigue su camino hacia el profundo Océano, receptáculo terrestre de uno de los clépsidros de Dios.»

La imagen del río detenido en su marcha, *uka-ur*, me proporcionó la palabra *ukuru*, que expresa la inmovilidad. Hijos de mi sangre y de mi pensamiento, escuchad una profecía que mi experiencia del pasado lega al porvenir. Cuando el río detenga su paso cadencioso, cuando los torrentes dejen de correr, y en los valles los manantiales disminuidos exhalen los primeros vapores ocasionados por la fiebre del fuego interno que trastornará al globo, todo esto será una señal y una prueba de que la última gota del clépsidro genésico habrá marcado el fin de los tiempos. Entonces corred a la cima de las montañas, fabricaos un arca ; el Dragón desencadenado rugirá en el pozo del abismo, y el Juicio del Altísimo no estará lejos.»

A estas últimas palabras, la voz del bardo, acompañada de un gesto teatral y pintoresco, adquirió sonoridad extraordinaria ; la asamblea se sobrecogió, y muchos viejos sentados bajo el roble se levantaron á medias, dando gritos de sorpresa y admiración.

La evocación de la última hora del mundo, representaba los cuadros más capaces de inspirar ese terror trágico que es el triunfo del arte, y Lara, el cantor de Cantabria, no lo ignoraba.

Todas las miradas interrogaban el horizonte, como con el temor de apereibir algún signo espantoso ; pero la calma más majestuosa reinaba en las montañas ; la luna, semejante á la lámpara nocturna de Aitor en la hora silenciosa de las visiones, brillaba en un cielo sin nubes, en medio de un ligero vapor blanquecino, que velaba su disco sin obscurecerle. Se oía distintamente el rumor de las hojas movidas por la brisa de la noche, y el murmullo sonoro de las cascadas y de los torrentes lejanos ; prueba de que el clépsidro terrestre tenía muchos siglos aún que dejar caer en su receptáculo Oceánico.

Ya el labrador había encontrado en los animales domésticos sus auxiliares naturales, y la agricultura tomó, entre las tribus que no se limitaron al pastoreo, un desarrollo considerable. Fué necesario regular el orden de los trabajos bajo el tipo del de las estaciones : por consiguiente, fué preciso estudiar con atención suma el curso de los astros,

para cuyo resultado era necesario el señalamiento de los números y la previa invención de las reglas de la numeración.

Un hilo, *ari*, nos sirvió en un principio para medir la dimensión de los cuerpos, de donde se formó la palabra *iz-ari*, que significa toda medida geométrica.

Las hendiduras hechas en ramas de árbol fueron los primeros guarismos de nuestros cálculos ; como aun no se había inventado el cuchillo, los dientes servían para ese objeto : así es que la hendidura hecha con un instrumento cortante, conserva todavía el nombre de *ozka*, que procede de *orzka* y significa dentellada. Contábamos con los dedos, y las primeras cifras representativas de los números no fueron otra cosa más que el dibujo geroglífico de los dedos y de las manos : I. II. III.

Para escribir el número cuatro con los menos signos posibles, nos servimos de la cifra IV, es decir, la mano menos un dedo, ó cinco dedos menos uno, porque la cifra cinco no es sino el dibujo ó rasgo geroglífico del contorno de una mano abierta, V.

Las unidades ó dedos colocados á derecha ó izquierda del cinco y del diez, según que era necesario aumentar ó disminuir su valor, completaron el sistema de nuestras cifras escritas.

Los diez dedos de las manos nos dieron un sistema de numeración por adiciones decimales, sistema natural, preferible á todos los demás.

El número diez fué llamado por consecuencia *amar*, es decir, macho y hembra, como creador de la generación de los números, de donde los bárbaros le dieron el nombre de *casamiento*. Y los egipcios han estado tanto mejor fundados para apellidar el número diez *casamiento*, cuanto que en la lengua sagrada la palabra *esku-ontze* se traduce por la unión de las manos.

Así la cifra diez, X, no es otra cosa entre nosotros que el dibujo geroglífico de dos manos en sentido opuesto unidas por el mismo puño.

Han sido los iberos quienes han creado en Occidente la ciencia del cálculo,

Mis nietos, aguerridos en sus luchas contra los bárbaros, desde su establecimiento en los Pirineos, han combatido á la dominadora de los pueblos, y nuestros bardos instruídos reconocieron en los monumentos y templos idólatras, las cifras primitivas que los bandidos de Rómulo llaman romanas, aunque pertenecen á la escritura de los antiguos iberos.

Una vez conocidas las reglas del cálculo, descubrimos fácilmente las leyes que presiden á los fenómenos celestes.

La presencia y ausencia del sol en el horizonte señalaban naturalmente las divisiones del día y de la noche, respecto al orden del trabajo y de los usos civiles.

Del nombre del sol *eguzki*, *eki*, por el que el hombre ve, el día fué llamado *eguna*, es decir, período lleno de la bienhechora claridad.

La idea de la privación de la luz, *gabia*, sirvió para calificar á la noche.

El reinado de las tinieblas ó de la obscuridad fué llamado *ilona*, es decir, dulce muerte, ó buen reposo, sueño bueno de los seres.

El crepúsculo de la mañana y de la tarde, el alba, la aurora, la salida y la puesta del sol, recibieron nombres interesantes por su precisión y poesía.

La marcha del sol que abraza un círculo de estaciones más extenso, pareció á propósito para representar los principales períodos del año civil; la luna, cuyas revoluciones son de más corta duración, divididas en fases regulares, nos pareció una antorcha reguladora de las semanas y de los meses.

En este sentido fué llamada *argizaria*, luz medida, luz que sirve para medir el tiempo; y de la concordancia de los ciclos lunares con los años solares, debió resultar la perfección del calendario civil y de nuestra cronología.

Los obeliscos, *pil-ar*, ó lo que es lo mismo, reunión de piedras, levantadas en forma de columnas en las plazas públicas, y aun en los desiertos, sirvieron de gnomonos horarios á los Patriarcas; las líneas marcadas y la proyección de las sombras nos hacían reconocer las horas, según las estaciones.

La observación atenta nos hizo descubrir que la claridad de la luna en un disco poco radiante, carecía totalmente de calor. De esto dedujimos que esa claridad no tenía foco propio y vivificante en el astro de que emanaba; y para caracterizar su naturaleza inmóvil, durmiente y helada, fué llamada *illa*, con palabra que expresa á la vez en nuestro lenguaje la inmovilidad, el extremecimiento y la muerte.

Esta primera observación sobre la naturaleza de la luz lunar reflejada sobre la tierra, donde parece dormir sin calentarla, hizo pensar que visto el alejamiento de ese gran fulgor, era imposible atribuirlo á un efecto de fosforescencia.

Desde entonces el alejamiento de las estrellas y la debilidad de los resplandores siderales, no permitieron ya la duda de que la luna no reflejase la luz del sol, cuyos rayos, á pesar de la inmovilidad aparente de su globo inflamado, lanzados con una fuerza y una rapidez que maravillan el pensamiento por las llanuras del aire, atestiguan un torbellino inmenso.

Los bardos, cuyo lenguaje buscaba las imágenes poéticas, del mismo modo que el de los sabios la claridad, llamaron á la luna *illaryia*, es decir, luz durmiente ó muerta, ó luz que se apaga y brilla en las tinieblas de la noche.

Á los iberos deben los europeos su semana de siete días, instituida por mí, según el aspecto de la luna durante su revolución sinódica, que puede dividirse en dos quincenas, *amabost*, y en cuatro semanas ó fases de siete días cada una, á cuya totalidad designo con el nombre de *illabete*. Contábamos por noches, y el nombre de la semana, *aste*, significa un principio de fase ó de período lunar. Comenzábamos la cuenta de los días y de las semanas con la nueva luna.

El lunes fué llamado *arte-leena* ó primer día de la fase de obscuridad; el martes *aste-artia*, ó sea el intermedio de ese periodo; el miércoles *aste-azkena*, ó sea último del principio ó semana.

Los días complementarios recibieron nombres significativos, que aluden al periodo de lunación.

Con las palabras *sei*, *seis*, *illa*, luna, y *aste*, semana, se formó el vocablo *seillastia*, que designa de lunes á sábado la seisena consagrada al trabajo de los campos.

Los días de la seisena fueron llamados *astegunak*, días de semana ó trabajo.

El séptimo día recibió el nombre de *igundia*, de *igan*, subir, elevarse, franquear; para decir que en ese día alcanzaba la luna un grado de iluminación, ó franqueaba uno de los cuatro períodos del mes sinódico.

Este día fué consagrado al reposo y celebrado con fiestas, y la denominación que recibió era justa, sobre todo con la luna llena que dió la idea.

En las brillantes noches que seguían, yo instituí las fiestas de la luna llena, que fueron llamadas *jai-arín*, es decir, noches alegres, enloquecedoras, durante las que mis hijos de la montaña dirigen al altísimo, *goyena*, al buen Señor del Universo, á Dios, *Jaungoikoa*, con

sus himnos de alegría bailando hasta el rayar del alba con gracia y ligereza, al son de armoniosas flautas y de sonoros tambores.

Las fases solares nos sirvieron para determinar la verdadera extensión de los años.

El brillo del sol era permanente, diferenciándose bajo todos los puntos de vista de la claridad lunar; pero, del mismo modo que la luna, el sol relativamente á la tierra tenía sus períodos de exaltación y debilidad, señalando dos grandes divisiones del año, como la luna llena y la nueva luna marcaban dos grandes divisiones del mes.

AGUSTIN CHAHO.

(Se continuará).



LA LEYENDA DE AITOR



(CONTINUACIÓN)

Visto que durante el estío por el mes de Junio la tierra está en su mayor alejamiento y el sol en su más grande elevación ó afelio, el mes de Junio recibió en euskara el nombre de *Ekain*, *Ekigain*, es decir, exaltación solar; y para consagrar mejor ese hecho astronómico, la palabra *Ekain* está únicamente empleada para designar el mes de Junio en casi todos los dialectos de la lengua de mi pueblo, mientras que todos los demás meses, designados por circunstancias relativas al trabajo de los campos reciben, según las tribus, nombres tomados de la luna. Y como durante el afelio solar, el polo norte de la tierra se inclina hacia el sol, el astro del día aparece más pronto á nuestros ojos y se oculta de ellos más tarde, estando compuesto por el mismo el *Ekain* de los días más largos y calurosos del año.

El solsticio de invierno en el mes de Diciembre, fué para los iberos la fiesta del nuevo sol, *Eguberría* correspondiente á la nueva luna, *Ilberria*, del mismo modo que el *Ekain* correspondía á la exaltación de la luna llena. Y este solsticio se llama también *Egubera* ó abajamiento solar, á causa de la aproximación de la tierra en su perihelio de invierno. Y como durante esta época la tierra tiene su polo meridional inclinado hacia el sol, el astro del día se muestra más tarde á nosotros y desaparece más pronto del horizonte. Fué, pues, entre el solsticio de invierno, *Eguberría*, y el solsticio de verano *Ekania*, la época en que los adivinos señalaron la mayor desigualdad de los días y de las noches.

Estudiando sus fases de aumento y disminución, se reconoció que los polos de la tierra se levantaban de sus inclinaciones alternativas

hacia el sol, y que esta posición producía la igualdad de los días y de las noches en los equinoccios de la primavera y del otoño.

Gracias á estas cuatro épocas de los equinoccios y de los solsticios que se entrecortan de un modo regular, el año fué dividido en cuatro estaciones de tres meses cada una ; la primavera, *Bedaste*, principio del verdor de los campos ; el estío, *Uda*, época de la sequía : el otoño, *Larrasten*, época de las últimas cosechas, de los últimos laboreos ; el invierno, *Neyia*, época de la muerte y del sueño, en la que el calor de la Naturaleza se metamorfosea en hielo, en que la savia se agota. Pero el año conservó siempre en esta Península el nombre de *Urte*, inundación, que los primeros padres le habían dado, aludiendo á las inundaciones del Nilo; y entre nosotros el mes *Januario* de los Etruscos, se llama aún *Urtarilla*, es decir, luna que toma ó comienza el año, ó sea la salida de madre del río.

Un hecho notable que prueba que desde el origen los adivinos habían establecido en nuestro calendario la concordancia de los meses lunares y de los años solares es, que fuera del sexto ó duodécimo mes, cuyos nombres están tomados del sol, todos los demás reciben su calificación de la luna, *Illa*, con la designación de los trabajos agrícolas ó de otra circunstancia tomada de la vida de los campos.

Febrero, *Otsa-illa*, *Zezeilla*, es el mes del frío ó del lobo, y del toro, según las tribus y los dialectos.

Marzo, *Epailla*, la luna de las siegas ó de las cortas.

Abril, *Yorrailla*, *Opaila*, luna del escardeo y de las primicias.

Mayo, *Orilla*, de las hojas.

Junio, *Garagarilla*, *Ekania*, *Errearo*, estación inflamada, hirviente, la de la exaltación solar.

Julio, *Uztarilla*, luna de las cosechas.

Agosto, *Agorilla*, luna de las sequías.

Octubre, *Urzieta*, *Urrilla*, luna de las lluvias, y *Bildilla* luna de las vendimias y de las últimas cosechas.

Noviembre, *Azilia*, luna de las siembras.

Diciembre, *Lotzaila*, luna del sueño, durante la que la Naturaleza duerme cubierta por las nieves y el labrador descansa.

Como véis, esta nomenclatura es exacta y significativa, y en su conjunto caracteriza admirablemente el clima de la Península ibérica y la agricultura de nuestros mayores.

El desarrollo del trabajo social hizo nacer nuevos intereses, necesi-

dades é ideas desconocidas á la ruda sencillez de los primeros siglos. Las primeras creaciones abrazaban lo estrictamente necesario ; las cosas útiles vinieron después y ensancharon el círculo de nuestras invenciones, mientras llegaba el tiempo de que el genio de mi pueblo se preocupase de la investigación de la verdad, de los esplendores inefables de la pura luz y de la belleza de las artes, hijos de la riqueza y del ocio, que terminan triunfalmente la obra de la Humanidad bajo el sol.

La institución de la vida agrícola y pastoral se vió acompañada de las artes serviles ; las primeras ciencias introducidas en nuestra sociedad, como son la medicina y la astronomía, no rebasaban la línea de las cosas útiles y necesarias.

Fué preciso relevar de los trabajos manuales a los hombres eminentes, que consagraban sus noches á estudios de un orden superior ; las funciones que les señalamos en nuestras Repúblicas, se han convertido entre los bárbaros infieles en fuente de supersticiones ridículas, degradantes, ú objeto de especulaciones inmorales y en odioso charlatanismo.

El Egipto, la Caldea y la India tuvieron, después de nosotros, sus adivinos, cuyo oficio es el de domesticar serpientes, engordar cocodrilos, adorar ídolos vetustos de dorada corteza, mientras que ellos mismos se nutren con la sustancia y los sudores del pueblo imbécil á quien sujetan con el terror de los fetiches.

Pero los adivinos de la Iberia son justamente llamados *igerle*, es decir, escrutadores, porque han lanzado una mirada curiosa y penetrante á los más profundos arcanos de la Naturaleza, y también se les llama *azti*, en el sentido de indicar.

En todas partes donde el sacerdote impostor de los bárbaros no muestra más que hechizos imaginarios, preparados prestigios en el cielo, donde es astrólogo charlatán pretende leer el destino, los adivinos de mi pueblo no quieren apercibir más que la armonía silenciosa de los astros, y los números escritos por la divina mano con caracteres de fuego : no predicen más que la verdad en la sucesión de los tiempos, y el orden de las estaciones.

Se ve en las orillas del Indus y del Ganges, cómo el carro del brahamin insolente y cruel, cargado con monstruosos ídolos, aplasta con su rueda cortante al pueblo bestial, prosternado en el polvo del camino y en las avenidas de la pagoda, centro infecto de prostitución.

Digno émulo de los druidas galos, el mago usurpador hace pesar sobre el Iran el cetro de una teocracia despótica ; y entre las tribus de mi pueblo, el ibero se inclina con respeto filial delante de sus magistrados llamados padres de la patria, honorables, agureak.

Todos nuestros ancianos reciben el mismo título.

El hombre libre recibe en la edad la corona de blancos cabellos del sacerdocio natural, y ejerce su autoridad y censura sobre las costumbres. El freno de su disciplina es poderoso en sus Repúblicas. Tiene jefes y guía políticos, geien, pero este nombre de jefe significa el mis anciano. No reciben leyes mis que de la virtud y de la experiencia; los castigos son impuestos por manos paternas, y nuestra lengua atestiguara ante el porvenir que el pueblo elegido de Aitor ignoró en el Occidente de Europa hasta el nombre de los crímenes y vicios embrutecedores con que los bárbaros se niancharon.

Otra gloria particular de mi pueblo, es que en la edad la de decadencia y corrupción, sólo entre los pueblos de la tierra ha conservado la fe natural y el culto de Dios, sin sombra de idolatría.

AGUSTÍN CHAHO.

(Se continuará).



LA LEYENDA DE AITOR

(CONTINUACIÓN)

El ibero no ha construido para el Señor de arriba templos, siempre mezquinos comparados al gran Sér que llena con su fuerza la inmensidad del eterno.

Dejemos, pues, al bárbaro sus antros, sus cavernas, sus altares sangrientos, sus sacerdotes, funámbulos y brujos. Que para nosotros el brujo sea siempre el paciente herborista que analiza las plantas y compone con sus jugos brebajes saludables, *belarguilla*. Dejemos á los celtas supersticiosos sus sacerdotes del roble, sus druidas tan diferentes de nuestros sabios ancianos que se sientan sobre bancos de césped bajo el árbol de la libertad : donde, condenando con anatemas y maldiciones la carnicería de los sacrificios y la efusión horrible de sangre humana con el cuchillo sagrado, el hombre libre de mi raza no se sacrifica jamás que por la patria ; donde la voz del cielo no reclamó jamás otra sangre sino la de los jóvenes guerreros, que combaten noblemente, no para conquistar tierras ni esclavizar hombres, ó enriquecerse con el botín robado, sino para defender los floridos altares levantados á la independencia y la libertad primitivas, en el santuario de las montañas.

Los seres animados experimentan sensaciones de bienestar y de dolor. Tienen una voz quejumbrosa, *mintzo*, para el sufrimiento, *min*; una sonora y armoniosa, *botz*, para el júbilo y la alegría, *boztario* ; tienen un grito en los peligros, otro grito en el amor y el placer. Sólo el hombre tiene una palabra inteligente, *hel*, tiene un lenguaje razonado, conversa con sus semejantes, *elhesta*.

Ha dado un nombre á cada cosa. Pues bien, toda cosa creada por Dios, sale de la noche, *gau*, y vuelve á la nada.

Las cosas creadas, los seres, por consecuencia, se llaman *gaizak* ó hijos de la nada, según el verbo de la inteligencia dado á mi pueblo. Todo es nada y vanidad en el mundo, excepto el *yaon* sublime, excepto el Señor Dios. Solo Él llena la inmensidad del espacio y la eternidad de los tiempos. Todo lo que no es Él, no es sino fantasma ilusoria, forma vana, fugitiva apariencia destinada á sumergirse en las tinieblas de la noche eterna.

La realidad de cada ser creado, *itz*, está en la idea que representa. Está idea está expresada en el nombre que se le ha consagrado : de donde el nombre de las cosas se llama en euskaro *iz-ena*, es decir, principal pertenencia ó propiedad de las cosas.

La facultad que le permite al hombre de percibir la idea de las cosas y de expresarla con sonidos inteligibles, constituye para él el privilegio del verbo, de la palabra llamada *itza*.

El lenguaje mismo se llama *itzkontza*, de una palabra compuesta que significa feliz descubrimiento, buena invención ó improvisación de nombres.

La garganta humana se llama *itz-tarria* ó productora de la palabra, porque es el instrumento en que resuena esta armonía, el sitio y órgano de la improvisación.

El *eskuara* de mi pueblo es el más bello de los dialectos primitivos, como también es el más antiguo, es todo luz, y no expresa sino la verdad.

Se os ha contado que el Señor Dios en el principio hizo una estatua de barro, que debía ser luego el hombre, y que la animó con un soplo divino.

De este modo toda simiente, *azi*, todo principio, *aste*, reciben su nombre de la palabra *ats*, que significa soplo, aliento.

El origen mismo de las cosas se llama *atsarre*, principio, es decir, recibimiento de la respiración y del soplo.

El hombre comprendió en seguida cuán fugitiva y precaria era su existencia, y vió, que en el instante en que el soplo vivificante, *ats*, le fuese arrebatado, *ken*, llegaría inmediatamente para él el instante con justo título llamado *arken*, es decir, último.

Sus ojos apenas abiertos á la luz, se cerraron con el peso del sueño al aproximarse la noche ; experimentó el desfallecimiento del sueño ; fué para él como una primera muerte, la imagen conmovedora de la muerte final.

Vuelto de ese aniquilamiento fugaz, consideró el despertar como un renacimiento, como una resurrección que fué llamada *iratzar*, es decir, acto por medio del que se recoge con el sentimiento de la respiración, el sentimiento de la existencia y de la vida.

Todos los seres que se mueven y respiran en la tierra nacen de un huevo que el macho fecunda, que la hembra depone ó deja germinar en su seno.

He aquí por qué el huevo es llamado *aur-oltzia*, envoltorio ó vaso del niño : porque de todas las maravillas de la generación, la del huevo humano es la más admirable de toda la cadena de los seres.

Los esplendores de la Naturaleza causaron al euskaro una admiración intensa y duradera.

Las palabras que la definen en nuestra lengua pueden aplicarse á las obras divinas y á las imitaciones de los hombres : hay formas armónicas, seres organizados, cosas perfectas en la creación de Dios, y no materia primordial.

Por eso la materia se define, según la verdad, con la palabra *ekhei*, es decir, *eghinghei*, lo que está destinado al ser ó á la forma.

En el orden de las creaciones divinas, lo que es, *ekhri*, lo que ha de ser, no existe más que en estado de idea preconcebida.

El elemento de los cuerpos, la materia organizada, nos pareció impenetrable en sus divisiones, y sin embargo, divisible hasta lo infinito, que tiene por término el vacío absoluto, la nada perfecta ; y concebimos entonces la existencia de los corpúsculos de los átomos, que no tienen ni forma ni color perceptible á nuestros groseros sentidos, y que forman, sin embargo, en sus múltiples combinaciones, todos los cuerpos, desde las montañas graníticas hasta los impalmables vapores que se pierden de vista en los campos del aire, y el átomo fué llamado *ar*.

Á primera vista, el granito, las piedras preciosas, y de entre ellas la más dura, el diamante, se nos figuraron las agregaciones más íntimas y sólidas de las forma: creadas : las piedras y el granito, el cristal de roca y el diamante, fueron denominados con voz générica, *arri* ; y el polvo, la menuda arena, que proceden de su división molecular, *ariña*.

La transposición de esta palabra forma *iñhar*, expresión brillante que designa los átomos luminosos.

Los átomos *ar*, *iñhar*, sencillamente yustapuestos, no podrían for-

mar ni las masas consistentes de los cuerpos, ni los sutiles vapores : quedarían como granos de polvo ó arena, sin las presiones que les dan su adherencia.

Esta facultad de adherencia, la de tomar, coger, absorber, fué expresada con el mismo sabio radical *ar*, sin más diferencia que la tomada de la aspiración y de los acentos, con objeto de evitar confusiones.

La primera de las potencias naturales y de las fuerzas atractivas es el amor : se supuso que los átomos estaban dotados de ella, y por consecuencia el principio varonil, fecundante vivificante, fué llamado como el átomo, *ar*.

Todo lo que es fuerte, atractivo, potente y vigoroso, recibió la calificación de *azkar*, es decir, *asko-ar*, suficientemente varón.

En fin, la fuerza misma fué llamada *indar*, lo que está en el varón ó en el átomo, ó con expresiones más sabias, la potencia atractiva, que es el principio constitutivo de los cuerpos.

Así la luz y el fuego se consideraron como el tipo de las encarnaciones viriles, del mismo modo que el agua fué consagrada al elemento femenino.

En todas las formas de la creación divina, se presentaron desde luego dos á nuestra admiración, soberanamente bellas y perfectas, y que son encarnación de la luz : la una compuesta de átomos brillantes, *ar* ; la otra de átomos nebulosos que concebíamos bajo el aspecto de gusanos infinitamente pequeños, *arra* ; y de este radical doble combinado con la terminación *ghi*, que significa reunión, agregación, el verbo sagrado de mi raza formó el nombre de la carne, de la encarnación, *araghi* y el nombre de la luz, *arghi*, conservados aún por los euskaros del Indostán.

Bajo el punto de vista de las obras eternas, las ideas de la creación y del movimiento son inseparables : la idea del reposo absoluto no se concibe más que en la nada de los seres, en el vacío tenebroso. Así el movimiento y la creación se expresan en el lenguaje euskaros con las palabras *ighi*, *eghin* y la palabra *ighi*, designa por sí mismos una agregación de seres.

Siendo la luz la más bella de las encarnaciones de la vida universal, es considerada como la primera creación de nuestro mundo particular.

Esto expresa el nombre del sol, *iguzkhia*, *ekhia*, que significa autor de la luz, aquel por quien se ve, y en otro sentido Creador ; denomi-

naciones tanto más justas, cuando que el sol, creador del días, de los colores y de la videa sublunar, es considerado como el foco viviente de donde se lanzaron, en el albro de los tiempos genésicos, los planetas incandescentes y el nuestro, cambiado en tierra habitables por su enfriamiento.

Es el sol, *ekhia*, que fué la primera materia creada, *khei*, por la mano del criador, *egilla*.

De él procede la luz física, el día bienhechor, *eghiona* ; el día, emblema de la inteligencia divina, sol infinito, centro y foco de la luz espiritual, de la verdad, *eghia* : palabra sublima que expresa á la vez el campo de las creaciones, *egkinghia*, y el campo de la visiones, *ekusghia*.

Habréis visto á un monte, severo durante el crepúsculo, sonreír en la aurora, cuando verdean sus colinas floridas y los primeros rayos del sol convierten en diamante las gotas de rocío : tal es la frente del hombre, cuando sale del sueño de la noche.

Ahí la voluntad divina colocó los dos ojos, *beghiak*, es decir, los dos soles, *bi-ekhiak*, las dos inteligencias corporales, las dos verdades, *bi-eghiak* ; los dos espejos de donde la imaginación toma prestadas sus evocaciones, de donde el entendimiento llama al tribunal del sol interior y del ojo espiritual las maravillas del mundo externo.

Es por los ojos que el hombre ve : *ikus*, *ekhas* : es por esta visión reflejada en el cristal interior, que la inteligencia se instruya, aprende, concibe, *ikhas*, es decir, *ikhus-as*, principio á ver la verdad.

El hombre adquiere la conciencia con los ojos del cuerpo y del espíritu, y la trasmite por medio de la palabra que pinta las cosas á la imaginación, y traza las ideas al entendimiento, *erykhats*, es decir, las muestra, las hace ver, las enseña, *ikus-eras*.

Así los ojos del hombre son los astros iluminadores de su pensamiento, del mismo modo que el sol es el ojo de la Naturaleza.

El ojo vigilante significa un guardián, y el sol también es llamado *beghiraria*, argus ó guardián celeste.

Los ojos, según la poesía inspiradora del idioma de mi pueblo, son el emblema de la ciencia, y de la prudencia, como los cuerpos son un emblema de fuerza, de brillo, de luz y de imperio : un cordero que tiene siete cuernos y siete ojos, ha sido el mito de la verdad solar, el símbolo de las civilizaciones euskaras.

Aquí el bardo, después de haber tenido las manos levantadas hacia

el cielo, dejó caer la diestra con la rama de roble ; extendió el brazo izquierdo, lateralmente, hacia el horizonte del mediodía, como para interrogar de nuevo á la inspiración de sus recuerdos.

Pareció aquello una señal, pues una triple salva de aplausos acogió aquella parte de la venerada leyenda.

La atención y el interés del auditorio estaban sumamente excitados. El silencio que se restableció en un momento, indicio del placer que los espectadores tomaban en esa diversión poética, probó la impaciencia con que se esperaba la continuación del bardo, Lara, ó mejor, Aitor, porque el joven improvisador estaba profundamente absorbido en la personalidad de su papel, concluyó su narración ; sus ojos negros brillaban con fuego mágico ; la inspiración le dominaba, y á medida que proseguía en su improvisación, su voz adquiría nueva alma, su gesto aumentaba en majestad.

El hombre es, después de Dios, el primer poder de la tierra, el representante, el obrero del Gran Espíritu.

Toda obra salida de sus manos es la representación de una idea preconcebida por él, imitando el proceder divino : es el creador del mundo social y el imitador de Dios.

Compuesto de espíritu y de materia, el hombre es considerado justamente como la imagen del Gran Ser y el compendio del Universo. En su cabeza y detrás de los ojos, como el altísimo, *gohiena*, velado por los astros del firmamento, se encuentra el espíritu terrestre, la luz precedera, *gogoa*, es decir, la sensación culminante, lo que hay de más alto, lo que está elevado, lo que se cierne sobre la memoria y la imaginación.

La memoria es el espejo de la inteligencia, y fue llamada en euskara *oro-itza* es decir, el verbo oculto, la palabra universal, el libro interior en que reviven las sensaciones y las imágenes las ideas y los colores.

El bruto no ha recibido como el hombre el don de la inteligencia ; no tiene más que el grito de las pasiones nacidas á impulsos de groseros apetitos, no piensa, y en vez de ideas, no tiene sino sensaciones aisladas y sentimientos ciegos ; es incapaz de raciocinio.

El bruto está, pues, sin libertad moral ; el pensamiento no modifica jamás sus impresiones irresistibles, sus necesidades imperiosas, cuya armonía pre-establecida forma el instinto. Y como el instinto animal reside en los sentidos, y principalmente en el olfato, de la pa-

labra *ats*, que designa el soplo, la respiración, la lengua sagrada hizo la palabra *atmu*, que califica y define el instinto.

El hombre es llamado en la lengua sagrada *ghizon*, es decir, el más excelente de los seres sublunares.

La justicia, cuyo sentimiento es innato en su corazón, el orden, cuya belleza y magnificencia son comprendidas por su espíritu, deben ser el fin de sus pensamientos, de sus palabras, de sus acciones y de sus obras. Y en este sentido, el deber del hombre, tomado en la significación más extensa que comprende esa palabra sagrada, se llama en la lengua de mi pueblo *eghinbidia*, ó sea, literalmente, «sendero de las creaciones, camino de las obras.»

AGUSTÍN CHAHO.

(*Se concluirá.*)



LA LEYENDA DE AITOR



(CONCLUSIÓN)

Los euskaros, más que todos los pueblos primitivos, fueron los hombres del deber.

Crearon la palabra, el arte y la ciencia; adoraron la verdad, practicaron la justicia, fundaron la sociedad y con ella la libertad civil, principio de orden y armonía; y antes que aceptar la servidumbre de los bárbaros ó imponerla á las tribus infieles, se resignaron á huir y á emigrar; hicieron un pacto con la muerte.

El extranjero, al contraria, fué el padre de la esclavitud, imaginó la guerra, produjo la iniquidad; pueblo cruel, supersticioso, idólatra, se olvidó de Dios alzándose contra sus leyes providenciales; esta resolución fué el resultado de las tinieblas espirituales y de las malas inspiraciones del error. Por eso el error y la mentira recibieron en la lengua sagrada el nombre de *ghezurra*, que significa «manantial inagotable de todo mal», y el mal mismo fué llamado *gaitz*, ó producción tenebrosa consagrada por palabra engañadora.

Pero el mal ó el bien, que son del hombre, pertenecen menos á los individuos que á los pueblos.

El individuo no es nada, sino por su agregación á la humanidad colectiva; es la gota en el torrente.

En una sociedad fuerte como la de mi pueblo, en que la ley reina, en que las costumbres son santas, los ejemplos prudentes, la opinión ilustrada, el freno de la disciplina poderoso, prontamente se reprime el mal individual, y no echa raíces ni en los espíritus ni en los corazones.

La virtud solitaria en medio de un pueblo corrompido, es como

un cordero entre los lobos, es como la claridad de una lámpara que sólo ilumina un punto en la lobreguez de la noche. Así es que el porvenir prepara en sus vías providenciales una gran revolución á la humanidad idólatra, á los bárbaros feroces y supersticiosos.

Escuchad una vieja profecía caída del cielo al espíritu de los sabios, profecía que circula por el mundo entre los infieles, como una palabra misteriosa, como un murmullo precursor de los grandes acontecimientos.

Dios reaparecerá y con Él el sol de las inteligencias.

La verdad de los primeros días ahuyentará las tinieblas, y las aclamaciones de los pueblos esclavos saludarán á su libertador.

¿Qué dicen los bardos y los adivinos acerca de la inteligencia suprema?

La comparan á un río inagotable de luz, á un océano sin orillas de fuegos y claridades. Así de dos palabras consagradas al agua inagotable y al fuego purificador, *zu*, *ur*, la lengua inspirada de mi pueblo da el nombre de *zuhur* á todos los viejos, á todos los sabios, cuya mirada interior contempla la verdad de Dios. Dios es todo luz y todo espíritu; sus privilegios supremos son la eternidad, la inmutabilidad, la infalibilidad, la independencia, la soberanía, el libre arbitrio, la justicia, la misericordia y, por encima de todo, la bondad. Por eso fué llamado en la sagrada lengua *Jao-on Goikoa*, buen Señor de arriba. Y á los hijos de mi raza, cuya mirada era sencilla y recta, no les fueron necesarios ni reflexiones penosas, ni el espectáculo degradante de la idolatría de los bárbaros. En la serenidad de los primeros días que siguieron á las creaciones genésicas, en el jardín terrestre en que el Padre Supremo le había colocado, el euskaro dotado de gracia, de belleza y de bondad, no se levantaba del tálamo nupcial para crear el culto supersticioso de los fetiches, ni para incensar el sol naciente. Entre las irradiaciones de la aurora y entre las sombras de la noche, cantaba el himno del Eterno *Bethikoa*. Y entonces, embriagado por su felicidad, exaltado por el agradecimiento, inundados los ojos con las claridades del cielo y el espíritu con los esplendores de la verdad, proclamó el Ser supremo con un grito verdaderamente inspirado, el más hermoso, el más expresivo de los nombres divinos: ¡JAO! que resume todas las potencias de la palabra, todas las armonías del verbo: nombre sagrado, resplandeciente, que es para los hijos de mi raza predestinada un grito de júbilo, un grito nacional, mediante el que los infieles re-

conocen al hijo de las montañas, al euskaro, del mismo modo que el cazador reconoce al león del desierto por sus rugidos sublimes.

Y aquí, los jóvenes bárdulos, reuniendo sus voces atronadoras, interrumpieron al bardo y lanzaron su grito nacional, cuyas sílabas, tres veces repetidas, *¡ia, ia, ia, ó, ó, ó!* reproducen exactamente el nombre divino. Y cuando aquellas aclamaciones vibrantes hubieron cesado, y los ecos de las montañas se apagaron, un viento fresco, salido de las profundidades del valle de *gherekiz*, vino á agitar el árbol de la tribu, sacudiendo su follaje..... parecido al soplo misterioso y terrible que rozó la paz de Profeta para anunciarle el paso del espíritu.

.

En cuanto á mí, fiel imitador de los antiguos bardos, no me atrevo á describir aquí las fiestas de la Religión de los cántabros; esa pintura pediría otro cuadro y otros pinceles, y me limito á señalar que la leyenda de Aitor revela el sentido histórico y las riquezas filosóficas de la lengua ibérica, tanto como lo permitían las dificultades de la narración. Donde yo he espigado, que otros busquen cosecha más hermosa!

AGUSTÍN CHAHO.

